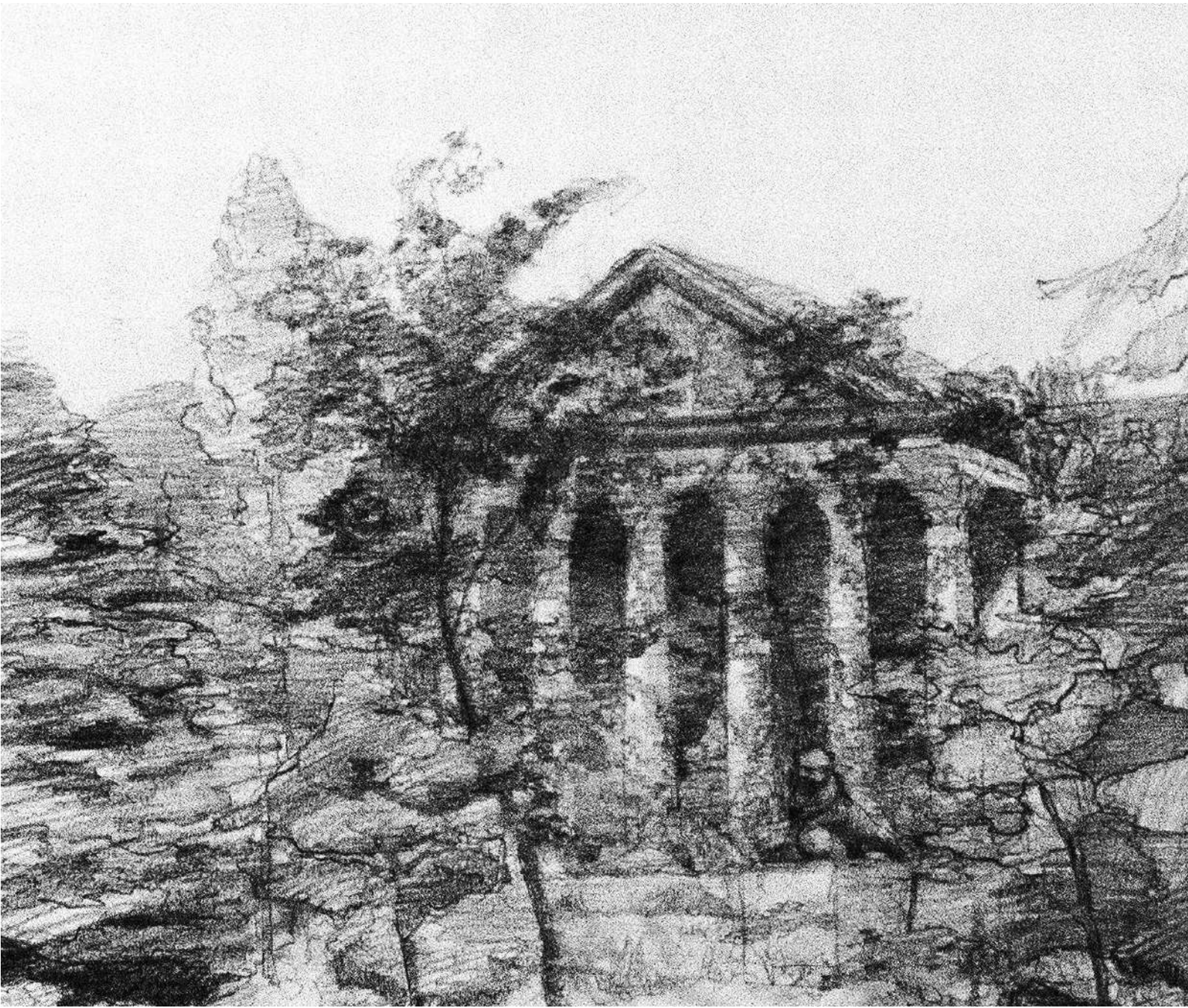


colectivo
GERMINAL

Contra la democracia



germinalcolectivo@gmail.com
www.colectivogerminal.org

1,5€
nº 01
mayo/2017

“

Si Inglaterra sufriese un desastre nacional, pediría a Dios que enviase un hombre del cerebro y el coraje de Adolf Hitler.

”

WINSTON CHURCHILL
Carta abierta al Times (1938)

“

Ningún sacrificio es demasiado grande para nuestra democracia, y menos aún el sacrificio temporal de la propia democracia.

”

CLINTON L. ROSSITER
*Constitutional dictatorship. Crisis government
in the modern democracies* (1948)

COYUNTURA

- Podemos: manual de instrucciones
- Los muros de la democracia
- Oriente Medio: ISIS, democracia y otras formas de barbarie

PRINCIPIOS

- Contra la democracia
- El partido como Estado
- El partido como clase

HILO HISTÓRICO

- ¿Antifascismo?

RECENSIÓN

- «Portugal: ¿una revolución imposible?»
- La Velvet: 50 años de individualismo

COMUNIDAD DE LUCHA

- GCI: «Notas sobre la democracia»

¿Quiénes somos?

Somos un colectivo comunista, una comunidad de lucha, de ideas, de afectos y cuidados. No somos un partido, porque el partido es algo mucho más amplio: atraviesa la historia de nuestra clase, niega las fronteras estatales, no puede reducirse a un grupo formal por grande que sea. El partido es el proletariado que se constituye en clase: su memoria, su proyecto de vida.

Por colectivo comunista, entonces, queremos indicar que nos comprendemos insertos en el movimiento real de nuestra clase hacia la comunidad humana, que sólo puede culminarse mediante un proceso revolucionario. Es este movimiento real al que llamamos comunismo y que se enfrenta a todas las fuerzas del capital, incluyendo a la socialdemocracia, que se reivindica a menudo bajo la bandera del marxismo o del anarquismo.

Luchamos contra toda forma de capital —democracia, trabajo asalariado, Estado, mercancía y dinero—, contra el patriarcado y la dominación de la especie humana sobre el resto de la vida en el planeta. El combate por el comunismo supone una negación inmediata y constante de todas estas formas de explotación y opresión: la revolución no cambiará las cosas del día a la noche, pero sólo puede triunfar si supone una lucha permanente contra el valor, el Estado y el patriarcado, un combate sin mediaciones por la transformación radical de las relaciones sociales y la restauración del íntimo vínculo de nuestra especie con el planeta. Sólo podemos terminar con un sistema que lleva a nuestra extinción mediante la constitución de un nuevo modo de ser social que, a falta de una palabra mejor, llamamos comunidad humana o comunismo.

Podemos: manual de instrucciones

La borrachera de las ilusiones se convirtió en la resaca de Vistalegre II. Tras el reflujo del 15M se despertó una ilusión no casual en que había que ser pragmático: cambiar las cosas estaba en nuestras manos. Unos compañeros avezados habían encontrado la fórmula mágica de la política: de lo que se trataba era de llegar a las instituciones. Parece ser que a nadie antes se le había ocurrido, ¡qué genios! Podemos tenía el manual de instrucciones de la política y, como explicaremos al final de este artículo, en realidad, lo tenía.

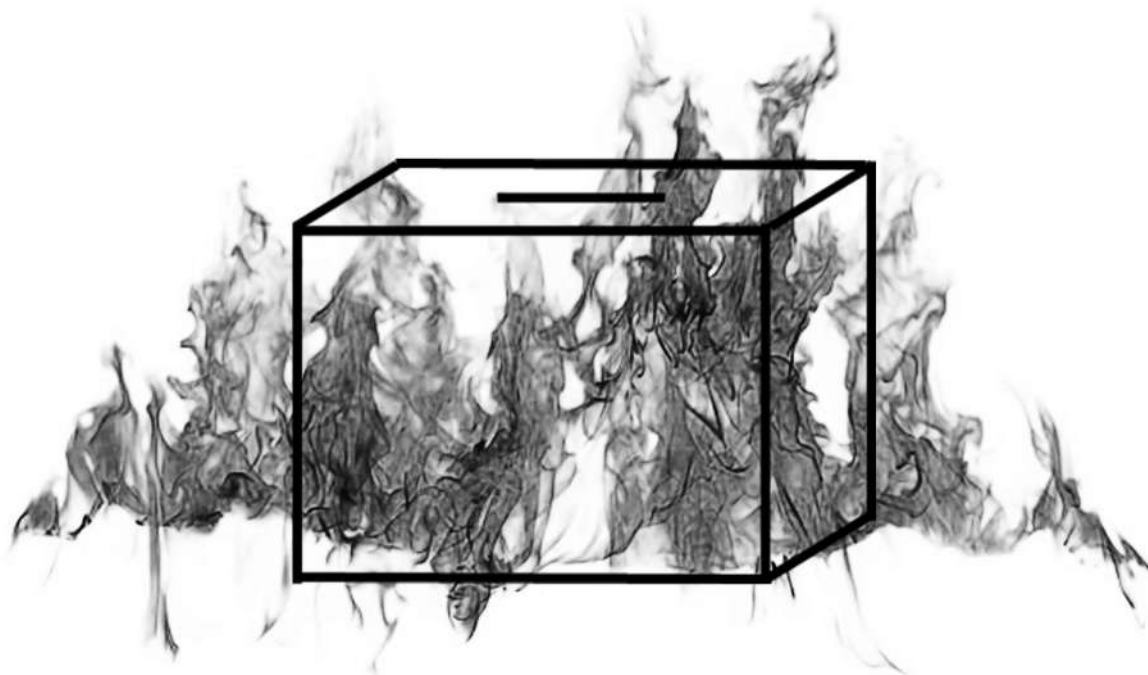
Las ilusiones se trocaron en desilusión. Los «ayuntamientos del cambio» hacían contratos con los compañeros de Arabia Saudí y sus petrodólares, la policía urbana de Barcelona cuidaba el buen orden ciudadano persiguiendo a los indeseables manteros (ante todo, respetar la legalidad de la mercancía que paga sus impuestos), Carmena devuelve mejor la deuda que Botella (y todo ello con un concejal de hacienda trotskista). La dimensión fraternal de la política, incluso dentro de Podemos, ha

conseguido que viejos e íntimos amigos se convirtieran en enemigos irreconciliables. Sin embargo, más allá de la fenomenología y de los acontecimientos, que en realidad podrían ser infinitos, lo importante es entender los porqués.

Y es que, a pesar de las apariencias, Podemos no es nada novedoso. Es el viejo ropaje de la socialdemocracia con rostros y vestidos postmodernos, en un intento de renovar el viejo y raído vestuario obrerista por uno mucho más vistoso que obtuviera el *prime time* en las noches televisivas. Pero de lo que hablamos es de algo muy viejo, por lo menos tan viejo como el capital y el trabajo asalariado: la socialdemocracia como partido burgués para los obreros.

Nos gustaría destacar tres características que ejemplifican el carácter socialdemócrata de Podemos y compañía:

—En las instituciones está la solución. Ya se sabe, con dieciocho años eres anarquista, a los veintitantos, comunista y a los cuarenta,



socialdemócrata. En el caso de Podemos, su inteligencia anticipó la biología natural. ¿Cuál fue la fórmula mágica alcanzada? El Estado era un ente cautivo en manos de la casta, la extrema izquierda del capital prometía pintar de rojo la cáscara decrepita del Estado; en definitiva, hacer un poco de reformas, haciéndonos creer que se puede controlar las dinámicas impersonales del capital. Sin embargo, nuestros valientes e intrépidos apaches en territorio enemigo fueron capturados por las dinámicas que decían combatir. Nada es casual. Todo era previsible. El capital no es una historia de buenos o malos, aunque haya buenos y malos. El capital es valor hinchado de valor, cuya base es la existencia del trabajo asalariado. Solamente acabando con la esclavitud del trabajo asalariado podemos extirpar la catástrofe capitalista, cada vez más salvaje. Una de las funciones del Estado es regular el movimiento de la mercancía. No existe ningún Estado ni Ayuntamiento bajo el reino del capital que no logre gestionar de manera eficaz dicho movimiento. Es lo que descubrieron primero en Syriza y más tarde en esta región: la función determina el órgano. Nuestros asaltantes estatales se convirtieron en funcionarios no sólo públicos, sino del capital. No podía ser de otro modo. Los comunistas no juzgamos las intenciones sino los hechos. El «no» del Gobierno griego se transformó en el sí a las necesidades del capital, la solidaridad con los refugiados se trocó en los campos de concentración más grandes del sur de Europa. En definitiva, no se puede ser alcalde de Cádiz y anticapitalista, como ha descubierto en un signo de madurez (¡maldita madurez!) el máximo representante del Estado en la ciudad gaditana.

—En realidad sí se puede. Una de las funciones históricas de la socialdemocracia es la mistificación, es creer que se pueden defender los intereses del proletariado desde dentro de las instituciones estatales. Por eso siempre queda bien decir que eres “anticapitalista” desde dentro del entramado estatal. Además, la socialdemocracia siempre segrega sectores que denuncian las supuestas traiciones de sus antiguos compañeros. Frente al transversal

Errejón, el más ortodoxo Pablo Iglesias; frente a Pablo Iglesias, los anticapitalistas y los autónomos de Ganemos. Pero, en realidad, en la farándula política nadie traiciona a nadie. Los roles están predeterminados por las necesidades del capital y sus instituciones. Como explicó hace unos meses Iglesias, en la oposición tenemos que aparecer como más de izquierdas, más radicales, más en la calle. Sin embargo, obviamente, cuando se llega a las instituciones ese discurso perece. De lo que se trata es de ser buenos estadistas, de ser gestores al servicio del capital. Aunque en realidad siempre están a su servicio a través de la canalización y contención de las luchas.

Podemos no es nada novedoso. Es el viejo ropaje de la socialdemocracia con rostros y vestidos postmodernos

—Pero sí existen traiciones. Podemos es una máquina de guerra electoral que trata de captar votos del mismo modo que una empresa trata de captar clientes. ¿Para qué? Para lo mismo que cualquier empresa, aumentar su tasa de beneficio, en este caso una parte del pastel que supone el Estado. La política es esquizofrénica, separa el discurso en dos: por un lado, los personajes públicos (que se abrazan ante las luces del espectáculo mediático) y por otro los privados (que se odian, que se acuchillan a la menor ocasión, que hoy te juran lealtad al mismo tiempo que organizan una facción para machacarse y condenarse al ostracismo). La política es la guerra de todos contra todos, la guerra entre distintas fracciones que se disputan el control por una parte del aparato del Estado. En realidad, Podemos ha aplicado perfectamente el manual de instrucciones de la política. Ya lo explicó un viejo inglés hace unos cuantos siglos, de lo que se trata es de impedir la cooperación y el asociacionismo humano, en definitiva, la constitución del proletariado como fuerza histórica, como clase, en la perspectiva concreta de la lucha por la comunidad humana.

Los muros de la democracia

Un muro es una construcción lineal, vertical y extensa que sirve para proteger o delimitar un terreno. Los muros se presentan como un recurso necesario para defender el Estado-nación. Es la expresión de poder de los países. Su función es la misma que la de la democracia: atomizar al proletariado y organizarlo en falsas comunidades. Se trata de establecer un *afuera* y un *adentro*. Para proteger la comunidad al interior de los mismos, disfrutamos de un cuerpo legislativo inquebrantable que nos permite poder vivir en la falsedad de sentirnos libres. Este andamiaje de leyes es otra de las principales encarnaciones del poder soberano que son las Democracias. Muros y leyes entonces posibilitan el Estado.



El sentido último de estos muros (tras siglos de asentamiento de un mercadeo globalizado), ¡qué extraño!, es la regulación de la mercancía. Cerrar un paso que el territorio muestra abierto, para controlar la producción y estabilidad económica de los países a través de reformas políticas. Nunca estas fronteras se han establecido para conservar una comunidad de lucha e ideas. Su finalidad última, ya lo hemos dicho, es la de aislar y organizar al proletariado, la de meternos en residencias particulares con más vallas y muros que hacen de la vida un aprendizaje individual y solitario.

En 1989, tras la caída del Muro de Berlín, había 16 muros o vallas fronterizas en todo el mundo. Actualmente contamos con alrededor de 70 muros, más que en cualquier otro periodo de la historia moderna. Es paradójico que un mundo que está cada vez más globalizado e interconectado es en realidad un mundo cada vez más separado y ajeno.

Uno de los muros que más controversia ha causado en los últimos meses es el de Estados Unidos. Donald Trump anunció durante la campaña electoral que si ganaba las elecciones, construiría un muro separando Estados Unidos de México. Ante esta ocurrencia, no son pocos

los que han puesto el grito en el cielo, olvidando que ese muro ya fue iniciado por Bill Clinton en 1994. Parece que nos olvidamos también de que precisamente Obama, premio Nobel de la Paz, ha expulsado a alrededor de 2,7 millones de emigrantes, convirtiéndose en el presidente de Estados Unidos con más deportados bajo su mandato. Los conservadores se dedican a añadir concertinas, cuchillas o metros a los muros, pero hay que recordar que estos están continuando el trabajo realizado por los llamados progresistas. Una vez más nos vemos obligados a elegir entre lo malo y lo peor. Entre un muro a secas o uno más grande.

En el territorio dominado por el Reino de España, así como en el resto del mundo, nos hemos horrorizado ante la idea de la construcción del muro estadounidense. El cinismo de la situación es absoluto si tenemos en cuenta que aquí mismo tenemos las vallas de Ceuta y Melilla, vallas en las que son heridas, humilladas y asesinadas de manera periódica cientos de personas. Parece que la indignación depende entonces de quién ordena construir el muro y no del hecho de construirlo.

Oriente Medio: ISIS, democracia y otras expresiones de barbarie



Como la acumulación capitalista, la violencia extrema en Oriente Medio parece haber desarrollado su propia autonomía. Los cientos de conflictos combinados con los giros constantes de alianzas entre las potencias imperialistas en la zona dejan, aparentemente, poca cabida a algo parecido a un relato coherente. Vemos cómo EEUU arma a Siria, miembro del supuesto eje del mal hasta hace dos días, así como los apoyos parciales al régimen de Assad que rápidamente se convierten en ataques contra este. Por no hablar del Estado turco, que combate al Estado Islámico a la vez que facilita su entrada por sus fronteras. Mención aparte merece la extraña conversión de un antiguo terrorista burgués como Ocalán, quien ha abrazado milagrosamente el tan cacareado confederalismo democrático que es apoyado por EEUU en la zona, a la vez que por muchos llamados revolucionarios en el resto del globo.

No obstante, las democracias encuentran fácilmente un sentido para vomitárnoslo encima. Esta historia tan recurrente como repugnante muestra a dichas potencias como la garantía de libertad y prosperidad en una zona amenazada por el ISIS, que jugaría el papel del mal absoluto.

En este caos las democracias pacifican y donde ahora hay miseria humana y conflicto permanente mañana habrá un paraíso de libertad, derechos humanos y meses de verano con vacaciones.

Desde un punto de vista de clase lo que ocurre es algo muy distinto. El conflicto interburgués al que asistimos en esta zona no es más que la expresión de la descomposición lenta que sufre el capitalismo, que está pasando por encima a miles de seres humanos y que sin duda empeorará si no ponemos remedio. Este clima de efímeras alianzas revela la imposibilidad de las facciones burguesas para formar grandes bloques, como ocurrió con la Guerra Fría. Esta situación se está ampliando por todo el planeta con una virulencia inusitada.

Además, no hay que olvidar que este conflicto de intereses burgueses está precedido por el aplastamiento de las luchas proletarias que se vienen dando todos estos años en la zona. Es ante el peligro de estos levantamientos ante los que ha reaccionado la burguesía. Siria es un buen ejemplo de todo esto. Allí los levantamientos proletarios consiguieron desestabilizar la zona, pero la burguesía consiguió acabar con su autonomía de clase encuadrándolos en distintas trincheras de intereses imperialistas. Allí sin duda también se dieron carencias programáticas por parte del propio proletariado, pero esta carencia no solo es de los propios sirios, sino que ocurre a nivel internacional.

Así las cosas, el proletariado debe rechazar la alianza con cualquiera de estos bandos, tiene que encontrar sus armas en la potencia histórica que supone. Nos negamos a posicionarnos con la democracia, con el ISIS o con ese no va más que para algunos es el nacionalismo kurdo. Todos, sin excepción, hacen parte de esta barbarie.

Contra la democracia



La democracia no es algo distinto del capitalismo ni del Estado. Bien al contrario, se trata de uno de los pilares fundamentales de este sistema, independientemente del tipo de gobierno que aspire a regularlo. Desde la dictadura de Pinochet a los consejos obreros durante la revolución alemana, desde el fascismo en Italia o el narco en México hasta el *kibutz* israelí o el actual sistema parlamentario suizo: todos estos tipos de regímenes son capitalistas y, por tanto, democráticos.

Porque la democracia no es una forma de gobierno, ni un método de toma de decisiones. Se trata de una invariante del capitalismo, una manifestación del valor cuando consigue someter al ser humano bajo su lógica. La democracia es la organización social de los individuos. La revolución comunista, porque supone la constitución del proletariado en clase hacia su autonegación afirmando la comunidad humana, consiste en la destrucción del individuo y de todas las formas de separación que lo producen, que son los basamentos mismos de este sistema: mercancía, dinero, salario, Estado, nación, democracia.

Y es que el capitalismo nace con la sangrienta creación del individuo a partir del trabajo asalariado. A través del hambre y la muerte, el capital y sus funcionarios consiguieron romper los vínculos comunitarios que persistían en el feudalismo y crear el átomo social que llamamos individuo: soberano de su vida, propietario de su existencia y libre vendedor de ambas por un salario, el individuo nació a la historia como producto necesario del intercambio mercantil. De pronto, quien era siervo de gleba y como tal estaba unido a la tierra y al resto de la comunidad campesina, con el trabajo asalariado y la disolución de los vínculos comunitarios a través de la generalización del intercambio mercantil, se convirtió en trabajador y ciudadano al tiempo.

Porque en una sociedad donde la única manera de sobrevivir para quien no tiene reservas es alquilar su cuerpo, el proletario se convierte a la vez en propietario y mercancía. Como propietario, es un vendedor en pie de igualdad ante el comprador capitalista: conseguir un trabajo consiste en un

mero intercambio mercantil entre uno mismo y el salario. Trabajar —piénsese en los permisos de residencia— lo convierte en un ciudadano más, en un sujeto de derecho cuya propiedad sobre sí está garantizada por el Estado (derecho al trabajo). Como mercancía, el proletario está empujado a venderse una y otra vez a cambio de su reproducción (como trabajador) y de su sometimiento al despotismo del capital y sus empresarios, que dominan más de un tercio de su día a día. El resto del tiempo, capitalistas y proletarios consumen, con mayor o menor fortuna, en pie de igualdad como dignos ciudadanos de una patria común.

La democracia es la gestión de esta esquizofrenia en una sociedad de átomos, y también la ideología igualitaria que se desprende de ella espontáneamente. Su poder es tal, que promueve la creencia de que la revolución supondrá el fin de la democracia burguesa y su superación definitiva mediante la *verdadera* democracia: democracia obrera o democracia directa, según qué parte del reformismo la predique, pero en cualquier caso gobierno de los individuos-propietarios para intentar gestionar la lógica automática del valor.

Pero una sociedad construida como una suma aritmética de individuos-propietarios conlleva en realidad unas enormes tensiones sociales, puesto que una sociedad de individuos es precisamente la guerra de todos contra todos, que se expresa en las luchas intercapitalistas, la lucha de clases entre capitalistas y proletarios, y la competencia entre los propios proletarios por las migajas que queden. Así, para mantener la separación *y que el todo no reviente* es preciso generar unidad. Entonces hacen su aparición las comunidades ficticias. Algunas son mucho más estables por su funcionalidad al sistema de dominación en que vivimos, como la nación, la raza o la religión, y otras mucho más inestables y cambiantes, como la izquierda o el fútbol, fundadas por la comunión del consumo y renovadas una y otra vez por las necesidades de circulación de la mercancía.

La primera de todas, sin embargo, la comunidad ficticia primigenia, es la soberanía, el mito

fundacional de la democracia, la base ideológica sobre la que se puede creer que *democracia* es algo distinto a *Estado*. Así, la soberanía se basa en la creencia de que existe una voluntad (nacional) popular que no habla la lengua estatal, que está por encima de todo derecho positivo y que, por supuesto, constituye el perfecto cortafuegos del capital cuando la intensificación de la lucha de clases le pone demasiado difíciles las cosas: entonces aparece, *deus ex machina*, el proceso constituyente. El Estado puede volver a nacer, la soberanía ha sido reconstituida, la voluntad del pueblo quita el óxido a sus viejas cadenas. Pero es una ficción, porque para existir la democracia necesita como garante al Estado, es decir, al terrorismo estatal. No existe democracia sin derecho, que establece las reglas de cómo gestionar (democráticamente) una propiedad a repartir, ya sea pública o privada. La democracia implica Estado, derecho y propiedad. Por eso necesita siempre de fuerzas de choque: policía, ejército y a veces unos cuantos patriotas bienintencionados. Para que el todo democrático no reviente, se hacen precisas tanto la existencia de fuerzas represivas como la multiplicación de comunidades ficticias. No hay democracia más allá de la democracia realmente existente.

La democracia no es una forma de gobierno, ni un método de toma de decisiones. Se trata de una invariante del capitalismo.

A estas alturas del texto, se entenderá que lo que comúnmente se llama “democracia” es algo mucho más banal: una forma de tomar decisiones igualitaria que es incapaz de remediar la separación del capital porque parte de ella (ciudadano, voto, opinión) y que consiste en mantener la escisión entre la vida real (trabajo, consumo, vida privada) y el ritual de la asamblea o del parlamento —que para el caso es lo mismo— en que se intenta decidir cosas sobre dicha vida real *separándose de ella* y, por tanto, constituyéndose en Estado. Hablamos de que se intenta decidir porque la “democracia” presupone el trabajo asalariado y el intercambio mercantil y que, por

consiguiente, es incapaz de controlar las lógicas automáticas que se desprenden de ahí: el capital y su subordinación de todo lo vivo a la acumulación y ampliación del trabajo muerto. La única manera de acabar con el capital es que los proletarios se constituyan en comunidad de lucha, en partido, y que como tal comunidad enfrenten todas las formas de separación que crea este sistema en nuestro seno.

Pero, como explicábamos antes, la lógica del valor supone unas tensiones internas tan fuertes (lucha de clases) que la democracia necesita desesperadamente de la dictadura para subsistir. En tiempos de normalidad, esto se traduce en guerras *hacia afuera* para el saqueo de otras regiones mediante el refuerzo de la identidad nacional, y en guerras *hacia adentro* para el mantenimiento de la paz y el orden, para la represión de toda persona que trate de defender su humanidad ante el capital. En tiempos de desorden, la “democracia” deja paso a un régimen dictatorial más o menos explícito: el estado de urgencia en Francia, el vacío legal de la frontera turca con Europa, los gobiernos talibanes ampliamente tolerados durante años por la “comunidad” internacional o el nazismo en Alemania, son todos ellos regímenes instaurados al mismo tiempo a causa de una pérdida de control por parte de la burguesía y como un intento de recuperarlo.

Estas formas de gobierno del capital, sin embargo, son inevitablemente democráticas, puesto que nacieron precisamente para mantener la separación capitalista contra la constitución de nuestra clase en comunidad. Como tales, cada una se presta con mayor o menor habilidad a la gestión de esta separación, organizándola en distintos “partidos” que negocian entre sí el gobierno de la nación —nación que, eso sí, no falta nunca—, a través de una lucha de poder que puede expresarse mediante las elecciones y el parlamento, la pugna de facciones en el ejército o entre las distintas dinastías o bandas criminales existentes en un territorio. La función determina el órgano. Sin importar la forma que tome el órgano de gobernanza del capital, éste habrá de

EL DERECHO

El derecho presupone la propiedad privada y su garante, el Estado, en la medida en que tener derecho a algo significa tener capacidad de acceso a un bien, concepción que requiere que dicho bien sea privado y, por tanto, no de libre acceso. Esto se olvida, por desgracia, en el lenguaje común. La mayor depravación que se comete con este olvido es la reivindicación de los derechos humanos, es decir, la exigencia (al Estado) de tener acceso al bien de pertenecer a la especie humana y de ser reconocido como tal. Esta depravación es sólo semejante a la exigencia del pleno empleo, es decir, de la plena esclavitud asalariada. Por otro lado, aquí se revela cómo la sociedad de clases implica la reducción de la especie humana a la clase dominante. Así, la expresión *derechos sociales* se convierte en una paradoja aberrante, sólo posible en la comunidad del capital.

gestionar tanto la lucha intercapitalista como la lucha de clases que supone una sociedad regida por la mercancía. Ciertamente, no se puede negar que el parlamentarismo ha hecho gala de una gran habilidad para llevar a cabo esta función, pero no es imprescindible ni más deseable que el resto.

El comunismo, sin embargo, es otra cosa.

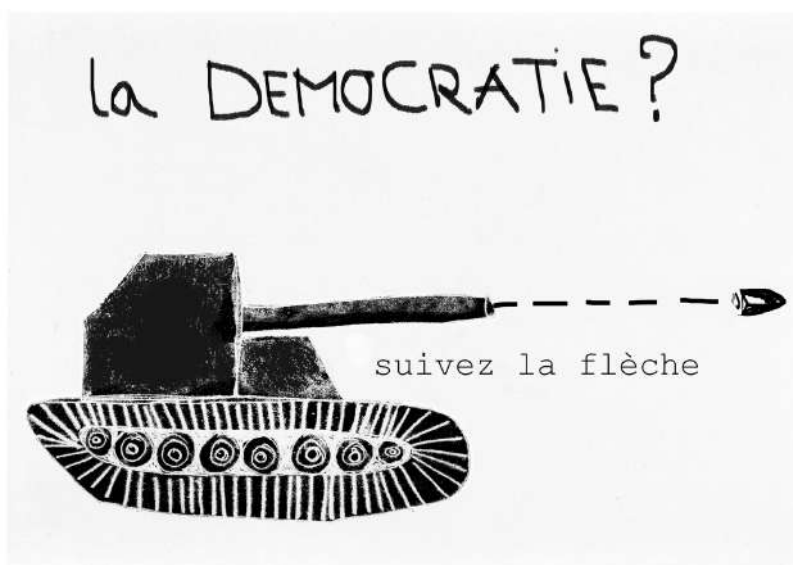
La revolución comunista consiste en la negación de todas las separaciones a través de un proceso insurreccional contra el capital y los capitalistas, contra el Estado y el trabajo asalariado, contra el dinero y la democracia. Con ella, los proletarios se constituyen en clase formando un solo cuerpo en la defensa de un solo programa: la constitución de la comunidad humana. Esto no supone, ni mucho menos, la sumisión o el aplastamiento de la persona bajo lo colectivo, puesto que la clase no puede enfrentarse al capital sin la autoactividad de todos y cada uno de sus componentes, el despliegue de la creatividad y la diversidad humanas —aplastadas por el capital— y su puesta

en práctica contra las formas de relacionarnos que suprimen al ser humano. La clase no es un ejército bien disciplinado. Por ello mismo, las formas assemblearias poseen una ambigüedad que debemos aclarar. Por un lado, son la forma en que se expresa y se ha expresado históricamente la autoactividad de nuestra clase. Son los espacios de encuentro para construir el común que se nos arrebató en la democracia. En la medida en que esto sucede, las asambleas son orgánicas a nuestra clase, no escinden el momento del hacer respecto al del decir y son por tanto *órganos con una función revolucionaria*. Ocurre sin embargo que, por el fetiche gestionista de la democracia directa u obrera, se entiende la revolución como una cuestión de formas organizativas. Nada más lejos de la realidad. Como dice un compañero, el comunismo es una cuestión de contenidos. En la medida en que la asamblea sirva para frenar la acción de clase, restringiendo la actividad de las minorías revolucionarias —que durante la revolución se componen de cientos de miles— al de la media aritmética de los miembros de una asamblea, entonces se está obstaculizando el proceso revolucionario y se asegura que las asambleas, como ocurrió durante la revolución alemana, sean el perfecto caldo de cultivo para que emerja la socialdemocracia en todo su esplendor.

Sólo quien comprende el capitalismo como un problema de gestión y reparto, puede creer en la necesidad de la democracia en el comunismo. Quien crea que en el comunismo existirá

propiedad a repartir, aunque sea colectiva, y por tanto propietarios que habrán de reunirse para tratar la gestión de sus propiedades, puede creer que la democracia seguirá existiendo con el comunismo, porque en tal situación, naturalmente, se necesitarán formas estatales. Pero el comunismo es otra cosa. Consiste en recuperar la capacidad de la especie para reproducirse a sí misma *directamente*, esto es, sin democracia, Estado ni mercancía. Supone la abolición de toda forma de propiedad a favor del uso, la lucha contra la apropiación privada del producto del trabajo y, con ello, la abolición del individuo-propietario a favor de la comunidad humana. Con el fin de la propiedad y la mercancía, no tendrá sentido una forma de organización que consiste en regular ambas categorías y en regular con ellas la separación entre los seres humanos.

El comunismo es el proceso hacia la constitución de la comunidad humana real, donde cada persona participa activamente y sin mediaciones en la vida de la comunidad, donde el individuo no existe como categoría porque la vida se hace en común y por el común, donde la democracia, por tanto, es sencillamente imposible. Mientras, las esperanzas depositadas en la democracia como herramienta de liberación son el último obstáculo que tendrá que enfrentar la revolución comunista. Continuamos la lucha.



El partido como Estado

Las organizaciones no se definen por lo que deciden, se definen por su actividad cotidiana. Las organizaciones se dotan de mecanismos democráticos para tomar decisiones que determinarán sus intervenciones. Sin embargo, lo que nunca se plantea son las condiciones que las obligan a dotarse de mecanismos democráticos. Cada militante es un ciudadano y el conjunto de ellos un pueblo soberano que elige una dirección que llevará a cabo las tareas ejecutivas, decididas en una asamblea soberana que opera como parlamento, como el poder legislativo. Pero nunca se cuestiona por qué los militantes son ciudadanos, por qué la asamblea o congreso es soberano, por qué la dirección ejecuta. Se reproduce la ideología del capital de parte a parte. El capitalismo nos delimita como individuos atomizados. Construimos las organizaciones sin romper esas separaciones. El partido más asambleario puede ser el más dictatorial, porque cuando todos estamos separados tiene que haber un tercero (la dirección, la comisión de garantías, el líder, etc.) que mantenga el orden democrático. El Estado está ya dentro. El partido democrático, así como el Estado, vive de las separaciones, pues las reproduce, y no existiría sin ellas, pero a la vez debe mantener las mismas unidades: el partido democrático vive de unir lo separado mientras lo mantiene separado.

El partido democrático consigue una mayor cuota de mercado electoral o militante cuando capta más militantes o consigue más votos, pues esto posibilita su reproducción ampliada. La reproducción ampliada es el momento en el que, del mismo modo que el capitalista necesita hacer crecer su capital, el partido necesita conseguir más militantes o electores. Es un partido-empresa que compite con otros partidos-empresa por un trozo del pastel.

El partido-empresa basa su vida en obtener más cuota de mercado y, por tanto, pone por delante su reproducción a la construcción de una

perspectiva emancipadora (comunista). El partido-empresa no se preocupa por la constitución del proletariado en fuerza histórica, sino que trata de encuadrarlo, ya que vive de la incapacidad del proletariado de reventar las separaciones bajo el reino de la mercancía, a la vez que reproduce esas separaciones. El partido-empresa se piensa como el intelectual orgánico imprescindible del proletariado, considera que debe introducir la conciencia en él, pero no hay conciencia separada del movimiento real. La conciencia que el partido-empresa quiere introducir en el proletariado es la conciencia alienada del mismo.

El partido-empresa al no cuestionar la atomización en su interior rompe los lazos necesarios para construir comunidad, compañerismo, para construir programa. Domesticada la radicalidad comunista de cada uno de sus militantes, pues las dinámicas democráticas fomentan la competencia tanto dentro del partido como hacia otros partidos, de tal modo que los militantes y las fracciones compiten por obtener un mayor prestigio y reconocimiento.



El partido como clase

Un aspecto fundamental del capitalismo es la desposesión constante de los medios de vida del proletariado. Es por eso que el proletariado no tiene otro modo de reapropiarse de sus condiciones de vida sino a través de la constitución de una comunidad de lucha y de vida. El proletariado, por no tener nada, sólo se tiene a sí mismo. En este movimiento que trata de enfrentar la desposesión permanente, en este movimiento por la afirmación de nuestras necesidades, el proletariado se constituye en fuerza: a esta fuerza le llamamos partido.

Frente a la comunidad del capital, que está mediada por la mercancía, el salario, el dinero y el Estado, esto es, por cada una de las metamorfosis del valor autonomizado, contraponemos una comunidad basada en la fragilidad de cada uno de nosotros, que nos empuja a reconocernos en los demás para abolir las categorías del capital que nos oprimen. A esto le llamamos comunismo. El comunismo no es sólo un fin mesiánico para los domingos, sino que es el medio de lucha para nuestra emancipación.

La corresponsabilidad hacia los demás, el hacernos cargo de los nuestros, el cuidado de nuestro entorno, no entendido desde las estructuras opresivas, atomizadas y patriarcales de la familia y la pareja, sino desde una perspectiva emancipadora y humana, se contraponen necesariamente a todas las estructuras del capital. Porque el valor (y el dinero como su expresión más inmediata) media entre todas las separaciones, y coacciona todos los días nuestra vida. El único modo de reventarlas es la revolución comunista. El programa que prefigura nuestra acción no es el parto intelectual de ningún erudito, sino la reapropiación de las derrotas del proletariado en lucha por su emancipación, la reflexión de nuestras condiciones de vida comunes, el balance del movimiento real que nos guía en el presente hacia la constitución de la comunidad humana del futuro.



La propia dinámica del capitalismo provoca que haya constantemente minorías revolucionarias que se organizan contra el mismo. Estas minorías son parte del movimiento real del proletariado por su autosupresión; al no estar fuera del movimiento real, su simple existencia exige que los principios comunistas guíen su acción para hacer parte de la constitución de una comunidad que se enfrenta radicalmente a la lógica democrática, a la atomización de los militantes, para oponerse a los grandes hombres y genios de la revolución, así como a la captación de militantes y electores para obtener una mayor cuota de mercado. Los comunistas no captamos, no necesitamos que nadie se nombre de nuestro partido, pues reconocemos nuestro partido en cada una de las luchas.

Nuestro partido se forja en el debate del día a día, en la camaradería, las miradas cómplices en el trabajo, en la conspiración contra los jefes, en la solidaridad entre compañeros. Se trata esencialmente de construir un común que guíe la acción, la pasión y el pensar. Se trata en definitiva de imponer la dictadura de nuestras necesidades frente a la dictadura del capital.

¿Antifascismo?

Frente a los lugares comunes en la izquierda, el fascismo no es el producto de lo más reaccionario de la sociedad capitalista, de sus sectores latifundistas y clericales, sino que es una expresión de la propia modernidad capitalista. Es una síntesis enloquecida de lo más moderno de la técnica y la tecnología —no olvidemos que surge en un contexto de guerra donde la tecnología se aplica en forma de armas químicas, aviones de combate, etc.— con la idea de una vuelta a un pasado mítico e idealizado (al Imperio romano o al pasado germánico). Por ejemplo, Mussolini era uno de los líderes más destacados del ala izquierda del Partido Socialista Italiano, llegó a ser el director de su órgano central, *L'Avanti*, y el primer programa del fascismo italiano (*I Fasci di Combattimento*) llamaba ni más ni menos que al sufragio femenino a partir de los 18 años, al secuestro de todos los bienes de las congregaciones religiosas, lucha por la jornada laboral de 8 horas, la edad de jubilación a los 55, al control obrero de la producción... Este programa, al mismo tiempo, se alimentaba de consignas nacionalistas e imperialistas acerca de la grandeza de la Nación italiana.

El fascismo es inseparable de la I Guerra Mundial y del apoyo (que también dieron sectores mayoritarios de la socialdemocracia internacional) a la entrada de Italia en dicha contienda imperialista. El estallido de la revolución en Rusia en 1917 impulsará una oleada proletaria mundial que encontrará algunos de sus centros más importantes en Alemania e Italia. La revolución será derrotada en estos países gracias a la actuación de la democracia parlamentaria y la socialdemocracia que, en alianza con los precedentes del nazismo y con los fascistas italianos, asesinará a más de cien mil comunistas y anarquistas alemanes entre 1918 y 1921. A partir de esta derrota es cuando el fascismo —y luego el nazismo— aumentará su influencia y peso político.

Todo ello gracias a la financiación proporcionada por los capitalistas más importantes de Italia al fascismo, que mientras tanto organizaba escuadras paramilitares para asaltar las sedes de los partidos y sindicatos de izquierda. Mussolini se presentó como aquél que podía, al mismo tiempo, unificar un aparato político fragmentado, disperso y en conflicto continuo por los efectos que aún perduraban de la I Guerra Mundial, y frenar el asalto proletario y comunista. Salvando las distancias, el nazismo alemán y Hitler se ofrecieron también como los salvadores de la estabilidad y unificación del Estado alemán.

Ya no se trata de luchar contra el capitalismo, sino luchar por un capitalismo más humano.

Un comunista italiano, que luchó encarecidamente contra el fascismo, llegó a decir una frase tan lapidaria como «lo peor del fascismo son los antifascistas». Esto hay que explicarlo: los comunistas obviamente estamos en contra del fascismo, pero también, y no en menor medida, del liberalismo, de la democracia, etc., en definitiva, del capital como relación social. El antifascismo supone olvidar, y obviar, esta premisa básica para combatir un supuesto mal absoluto que hay que combatir aliándose entonces con el resto de la burguesía liberal y democrática. Es decir, supone una pérdida de la perspectiva de nuestra clase que lucha por su emancipación radical y, de ese modo, acaba por quedar atrapada dentro de los conflictos interburgueses.

¿De qué conflictos estamos hablando? Hablamos de la subalternidad del movimiento obrero a la burguesía rusa encarnada por Stalin, que no sólo ejecutó a 750.000 personas en el Año del Gran Terror —entre 1937 y 1938— en la ex URSS, sino que en España, por ejemplo, durante los años de la revolución y la contrarrevolución se dedicó a exterminar por doquier revolucionarios



anarquistas y comunistas tras las jornadas de mayo de 1937. O las potencias aliadas y democráticas durante la II Guerra Mundial que tuvieron actuaciones tan destacadas como las del Imperio británico en la India, donde por los “esfuerzos de guerra” murieron de hambrunas millones de personas. «Los indios se reproducen como conejos» fue la respuesta de un antifascista ilustre como Churchill. Hablamos también de los bombardeos a las ciudades alemanas contra población civil que ocasionaron la muerte de cientos de miles de mujeres y hombres, por no hablar de Hiroshima, Nagasaki o el menos conocido, pero no menos mortífero, bombardeo continuo contra Tokio. La subalternidad al antifascismo supuso todo esto.

Por lo tanto, el fundamento del antifascismo consiste en resistir al fascismo a partir del apoyo a la democracia; ya no se trata de luchar contra el capitalismo, sino de luchar por un capitalismo más humano, libre de fascistas. Es decir, significa la derrota de la imaginación concreta del comunismo, de una comunidad humana libre del Estado y la mercancía. Supone, por ende, acostumbrarnos a la catástrofe capitalista

continua e inevitable, como un mal necesario. Desde la II Guerra Mundial han muerto más de 50 millones de personas en conflictos bélicos. El fundamento del antifascismo supone acostumbrarse a todo esto, a vivir en “el mejor de los mundos posibles”.

¿Qué tiene de actual esta reflexión? Vivimos una época de descomposición y colapso del capitalismo que está suponiendo el ascenso de fuerzas que, si bien no son fascistas, expresan dinámicas reaccionarias como las encarnadas por distintos populismos de derecha a la búsqueda de chivos expiatorios (emigrantes, mujeres, homosexuales, etc.) a los que culpar de la crisis del capital. Pretenden unificar el caos del capital por medio de la exclusión. Hoy, como en los años treinta del siglo XX, la lucha contra el populismo de derechas no se puede hacer en nombre del antipopulismo, sino desde un anticapitalismo radical, es decir comunista, donde el proletariado se afirme como clase y por ende como partido, luchando contra el origen del colapso social y ecológico, el capital y su dinámica enloquecidamente impersonal.

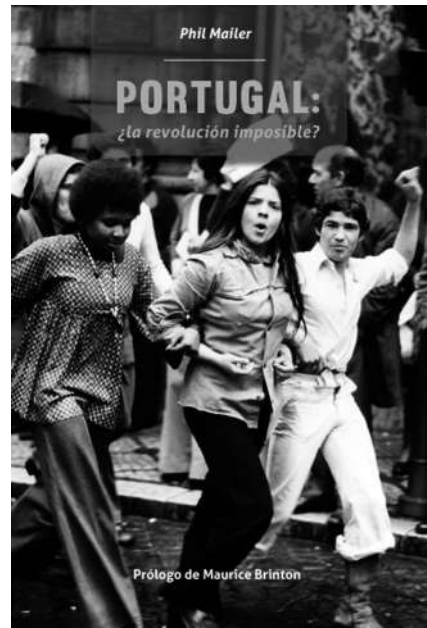
RECENSIÓN

«Portugal: ¿una revolución imposible?»

El libro de Phil Mailer es, antes que nada, uno de esos textos que están escritos desde el compromiso comunista, desde las tripas, la cabeza y el corazón, desde lo que significa la experiencia del desborde de las luchas, del gozo de sentir a un desconocido como un hermano, desde la ilusión de una apuesta común y colectiva por la que se está dispuesto a dejarlo todo.

La narración comienza con el golpe de Estado que lleva a cabo una serie de grupos organizados en el ejército, especialmente el Movimento de los Capitanes, que es un grupo de oficiales de distintas tendencias izquierdistas vinculadas a organizaciones como el PS, el PCP y grupos maoístas. Si bien con el golpe se produce una importante autoactividad de nuestra clase, no es hasta el intento de golpe militar de marzo de 1975 y la respuesta organizada del proletariado frente al golpe, cuando se empieza a vislumbrar un proceso de antagonismo de clase más agudo, marcado por ocupaciones de tierras en el campo y de fábricas en la ciudad, así como la conformación por parte del proletariado de estructuras autónomas de clase para la centralización de sus luchas, como serán las diferentes coordinadoras de los comités de fábrica (enfrentados a los sindicatos), de barrios, etc.

Si hay algo de especial interés en la revolución portuguesa es el papel que jugó el ejército como garante del proceso revolucionario, así como del régimen político que la burguesía trató de instaurar: la democracia parlamentaria. El ejército pasó a condensar en su interior todas las contradicciones sociales, siendo el respaldo de cada uno de los seis gobiernos que se sucedieron hasta el golpe de noviembre del 75 que estabilizó



el panorama político y social. El ejército, encabezado por el MFA, y sus formas de organización, fue el que garantizó las relaciones sociales capitalistas del momento, el aparato que unió lo separado. La democracia existe como situación social de las separaciones que genera el capital, aunque esto no se exprese formalmente, como se vio en Portugal. A causa de su legitimidad social, el ejército jugaba un doble papel en la revolución portuguesa, ser el órgano en el que se disputan y se concilian las contradicciones interburguesas (que se agudizaban por la presión del proletariado) y ser asimismo la herramienta de disciplinamiento del orden capitalista.

Igualmente, nuestra clase no fue capaz de liberarse de la ideología democrática, y por tanto, de cuestionar la necesidad del ejército como garante del proceso revolucionario. De este modo, no se emprendió el paso necesario de la destrucción del Estado y de todas sus expresiones democráticas, sino de su reforzamiento por medio de estatalizaciones. Dar ese paso hubiera supuesto tomar las medidas necesarias para empezar una guerra social (también armada), llamar a la desertión a los soldados y luchar contra todas las instituciones del Estado, la primera de ellas, el ejército.

La Velvet: 50 años de individualismo

Este año se cumple el 50 aniversario del Verano del Amor, cuyo surgimiento marcó el apogeo de un movimiento musical y cultural *hippie* que recogió algunos ideales como que la vida no estuviera subordinada al trabajo o que el amor fuera algo más que el paso anterior al matrimonio. Muchas bandas de la escena psicodélica de los 60 formaban parte de este movimiento, con todas sus limitaciones puesto que en ningún caso cuestionó el capitalismo, pero que intentaban imaginar un mundo nuevo con una perspectiva comunitaria.

Frente a este movimiento, situamos la publicación del álbum *The Velvet Underground & Nico* en marzo de 1967, después de casi un año buscando un sello discográfico que quisiese comercializar el álbum, Verve Records en este caso. En unos años sesenta en los que se reivindica la profunda necesidad de la comunidad, surge The Velvet Underground como oda al individuo.

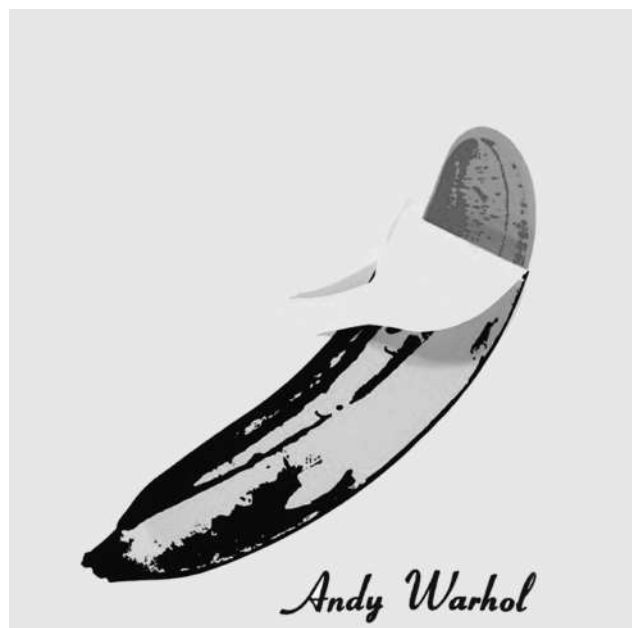
The Velvet Underground nace en 1964 cuando Lou Reed conoce a John Cale. El nombre de la banda hace referencia al título de un libro sobre sadomasoquismo de Michael Leigh. Andy Warhol los conoció cuando les vio tocar en un local llamado Café Bizarro y pensó que podrían encajar en The Factory, ya que se alejaban mucho de la norma psicodélica y *hippie* del momento. Warhol impuso la presencia de Nico en contra de la opinión de Lou Reed. Nico era una modelo alemana que tenía todo lo que en The Factory buscaban para la banda y que ofrecía «algo a lo que mirar» en The Velvet Underground.

Entendiendo la democracia como la gestión de los individuos separados unos de otros, The Velvet Underground es una de las representaciones más claras que podemos encontrar de esta atomización.

The Velvet Underground & Nico promovía huir de la realidad ensalzando el individualismo más férreo, la bohemia más nihilista y un consumo de drogas

siempre dirigido a disfrutar de la atomización. Todo esto sumado a una tremenda complejidad en su música, siempre en busca de sonidos extraños o directamente mal sonantes, como la viola de John Cale y sus sonidos chirriantes en *Heroin*, sólo a la altura de algunos oídos. No es casual que Cale fuera un estudiante de música clásica muy influido por La Monte Young, compositor estadounidense de música vanguardista. El hacer de la separación una rareza mercantilizada que distingue a los que la consumen fue algo siempre promovido por Andy Warhol, aunque la separación sea la condena a la que estamos sometidos las personas en nuestras vidas atomizadas bajo el reino de la mercancía y su reproducción.

Brian Eno dijo en una entrevista que todos los que compraron uno de los 300.000 ejemplares comenzaron una banda. Nosotros, frente a la lógica meritocrática y elitista de aquellos “elegidos”, anteponeamos la música en un sentido comunitario, como banda sonora de la comunidad humana, donde no hay grandes hombres que transmiten su sabiduría a unos pocos elegidos. Frente a la lógica democrática que organiza la separación de los “preparados”, la sencillez de los sin nombre.



GCI: «Notas sobre la democracia»

«La democracia no es simplemente una cuestión de votos, de mayorías, de gobierno libre o de decisiones colectivas, por la misma razón que el capital no es una simple suma de dinero o un conjunto de máquinas..., como dice la ideología dominante. Nosotros, que luchamos con todas nuestras fuerzas contra la sociedad presente, tenemos una comprensión histórica y social muy diferente del capital, de la democracia (así como de muchos otros "conceptos", como "valor", "proletariado", "dinero", "partido", "modo de producción").

[...] En la esfera política de la decisión democrática se afirman exactamente las mismas ficciones que en el mercado, porque no son otra cosa que un subproducto o, si se quiere, su reflejo: todos son libres e iguales de decidir tanto en el voto como en el supermercado. La opinión y el voto, la compra/venta, no son más que la expresión del ser atomizado comprando, vendiendo. La ilusión de la realización del "ser humano" como ser mercantil y como demócrata decidiendo libremente es la misma. Con ese impotente social, que es el consumidor/ciudadano, se realiza la deshumanización total del ser humano, como mónada separada de toda humanidad verdadera, como individuo sin ningún tipo de comunidad humana. La comunidad del individuo atomizado sólo puede ser comunidad ficticia. Por eso, la verdadera comunidad humana solo puede surgir como contraposición al individuo, como comunidad de lucha contra la explotación y opresión. Y por ello como abolición de la democracia.

[...] Toda oposición entre democracia y dictadura, entre violencia de Estado y democracia, es una ilusión ideológica, fomentada por el capital y el Estado, promovida por la dictadura democrática

efectiva del capital; y no resiste al más mínimo análisis histórico. Dicha oposición parte siempre de ignorar la realidad social de la democracia, dado que en la misma es imposible negar el terrorismo de Estado como fundamento histórico. El formalismo político (el análisis exclusivamente político de la democracia, como si no tuviera nada que ver con la propiedad privada y la dictadura y sólo fuese una forma de decidir opuesta a otra), es la clave de la falsificación, de la trampa en que nos meten cuando se opone la dictadura a la democracia.

[...] Nada más lógico, pues, que la ideología dominante reduzca la democracia a sus aspectos políticos y hasta a los electorales. Es coherente con la apología de que en la democracia todos son libres de decidir. En realidad, se oculta aquí que la realidad histórica y social de dicha libertad de decidir es la separación histórica del ser humano de sus medios de vida (¡expropiación que nunca termina, porque es esencial al capital: empezó hace muchos siglos pero hoy continúa con la mayor violencia y terror estatal conocidos en la historia!) y que el verdadero sujeto de la decisión es siempre la propiedad privada y sus determinaciones. Nos esconden que la fase actual, en que esas manadas de mónadas "deciden" libremente, en profunda soledad, unificadas por ficciones varias y siempre renovadas (por el terror del Estado), constituye en realidad el resultado de la deshumanización total del ser humano (la comunidad es la verdadera esencia del ser humano). En fin, nos ocultan que quien decide en democracia no es el ser humano sino la dictadura de lo económico, la dictadura de la ganancia del capital».

“

El viejo mundo va a desaparecer.
Después de París, el mundo entero.
Los obreros sin Dios, sin amo,
autogestionan la ciudad.

Son las cinco de la mañana.
El nuevo mundo se despierta.
Son las cinco de la mañana.
No volveremos a tener sueño.

”

JACQUES LE GLOU
Il est cinq heures (1968)



GERMINAL

1. Germinal no es una novela de Zola.
2. Germinal no es un mes en el calendario jacobino.
3. Germinal es el comienzo, el fruto inmaduro, la semilla que espera paciente la lluvia. Germinal es la actividad de toda persona comunista.
4. Porque toda persona comunista es un germen oculto en la tierra. Porque toda persona, sea o no comunista, está sola, separada del resto en esta sociedad —lo que el Estado ha unido en su inmenso vacío, que sólo lo separe el capital.
5. Germinal es un espacio denso, la semilla que en los tiempos de la separación guarda el hilo histórico, la tensión emancipatoria que atraviesa la humanidad y conecta pasado, presente y futuro cuando la especie lucha. Germinal es la memoria de la especie y su proyección hacia la vida.
6. Germen es también la persona comunista en el cuerpo del capital y del Estado. Somos un agente patógeno, la hermosa enfermedad que lo destruirá por dentro.
7. Las personas, separadas hoy entre nosotras por el capital, unidas por esa máquina llamada Estado que produce en cadena excrementos individuales, somos como la tierra que se deshace en la mano.
8. La revolución es la lluvia: con ella las personas se hacen clase construyendo su propia unidad. En ella la clase se construye contra el Estado. Por ella la clase disuelve la comunidad del capital y se niega como clase en la comunidad humana.
9. En la revolución la persona comunista ya no es germen, sino un brote que crece y se extiende irredento sobre el mundo.
10. Donde antes había acero y cemento, mañana habrán germinado los árboles: sus raíces sostendrán la tierra.